

## El Tonga

*A él, por supuesto*

*y a ella también.*

Era la mitad de la tarde en la playa. A las espaldas estaban las vías de los trenes que van y vienen, sacándole al mar, al aire y a la arena, esa distancia que, casi siempre, saben tener respecto de los hollines de la ciudad. Para mí sigue siendo como si detrás hubiera algo que molesta, como una amenaza. De cualquier manera enfrente teníamos el Mediterráneo que allí, en los alrededores de Barcelona, cuesta relacionarlo con el del folclore luminoso de Serrat. De hecho nunca encontré el cañaveral donde se quedó durmiendo el primer amor del muchachito.

Podíamos echar la vista hacia el azul un poco velado por la potencia de la luz y hacia los barcos lejanos, aislados y diminutos.

Estábamos sentados sobre la arena, los dos, y yo disfrutaba de la compañía aún a pesar del sol que jamás fue mi amigo, salvo cuando me toca secarme sobre una roca en Santa Mónica.

No sé si lo decidí ahí mismo; en todo caso la idea debió llegar rápidamente porque haber escuchado -y confirmado- las aventuras del hombre, fue una invitación inmediata a registrar semejante vida.

Esto lo tengo que escribir, me dije.

El problema era siempre el mismo: cómo. Sabía que el discurso tenía que estar a la altura de los hechos, y eso no es nada simple. A veces el camino se manifiesta enseguida, otras tarda largo tiempo, y en otras -tal vez ésta- hay que salir a buscarlo. Aunque anteayer, corriendo por la ruta junto a los olivares, en esa consciencia que parece potenciarse con la circulación de la sangre, lo entreví y me dije: lo tengo que hacer ya. .

Aquella tarde el Tonga estaba conmigo y me recreaba escuchando su voz gruñona, gruesa como pocas, vital y respetuosa como la de un chico. El Tonga llega a las lindes del exceso pero, como excepción, no las traspone. Es uno de los tantos manejos finitos del Tonga. Es como un auto de carreras girando al límite de sus posibilidades en los momentos previos al derrape letal y los subsiguientes vellones de polvo que expanden los tumbos y los rebotes fatídicos. Algo así como lo del célebre lúpulo del toro embolado.

El Tonga es macizo como un tronco, y la espalda, al no estar unido de cuello, remata directamente en la cabeza perfectamente cuadrangular desde cualquier punto de vista. El mentón prognático y la sonrisa socarrona le dan un aire mongoloide que podría llegar, para los que lo conocen, a sugerir alguna sospecha de retraso. Está, se diría en el preciso y sutil punto situado a medio camino entre el talento revelado y el arquetipo de la falta de criterio. Bien observado, de lejos, se pueden percibir la sagacidad y el infinito poder de adaptación del Tonga. Es .... decir que no de sí al medio, si no del medio a él, lo que, en definitiva, puede dar resultado dispares.

El Tonga es una persona dúctil, de esas que, enseguida, muestran tanta habilidad innata como cierta laxitud para sostener el ardor inicial. Ha llegado a permanecer en sus trabajos, los “curros” como les dice él, un promedio de dos semanas pero puede observarse una tendencia al aumento de esa cifra. Puede que esté empezando a sostener el optimismo algo más que el de un niño que, armado con una hacha, afronta un tronco de alrededor de un metro de diámetro.

No importa a qué rubro corresponden. Ser árbitro de fútbol, segurata en los boliches, pintor de grandes alturas, camarero, chofer o jefe de cocina, significan, para él, aproximadamente lo mismo. Se atribuye el título de chef y algunas veces nos ha regalado con unos pollos al disco que se dejaban comer al no contar con más opciones.

Al Tonga se lo ve casi imponente. El torso corto, compacto, de concentrados hombros, se diluye en una cadera estrecha que, de flanco, exhibe la concavidad producida por la ausencia de glúteos. Siguen, por lo general hacia abajo, unas piernas que comienzan armónicamente y que se van adelgazando hasta terminar en dos pies planos, que por ser apenas más anchos que largos, no conforman un perfecto cuadrilátero; y que, de no calzar

hojotas, pueden hacer saltar algunas de las costuras de los zapatos. Alguna vez lo vi extraer un pie de un zapato nuevo que se mantenía en su cauce y noté cómo el borde externo del pie se mostraba arrollado sobre sí mismo antes de volverse a extender.

El Tonga se desplaza acompasadamente, manteniendo el nivel de la cabeza constante, y apoyando toda la planta del pie que le sirve de órgano prensil. Caminar así, succionado al piso, le produce un infinito placer, dada la sensualidad de su ánimo y, considerándolo con cierta perspectiva una patada de punta del Tonga debe ser algo sobrecogedor.

Alguna vez le pregunté si era un palmípedo. ¿Qué es un palmípedo, sabum? me preguntó a su vez, con la mirada pilla.

Los que tienen pie de pato.

Sí, son una inmundicia sabum, cuando los miro a veces me dan ganas de llorar, agregó con su voz baja y su sonrisa que proyecta el mentón hasta unos siete centímetros hacia adelante.

Aquella tarde los trenes seguían pasando regularmente detrás de la playa y, como siempre deslucían el silvestre murmullo del mar pero no me quería ir y, en cambio, me enfrascaba más y más en el encanto de la vida, ¿cómo decirlo?...intrépida del Tonga.

¿Andás saliendo con alguna mina Tonga?

Ahora no sabum, carraspeó. Pero en Castellón estuve saliendo con una gitana.

¿Una andaluza, Tonga?

No sabum, una gitana.

Pero qué ¿vivías en carpa, Tonga?

Si, en la carpa, con todos los gitanos, sabum.

Y, ¿qué tal?

Bastante horrible sabum.

¿Y qué onda los gitanos Tonga?

Y a mí me re-odiaban porque yo no soy gitano, pero no me decían nada.

¿Y qué sensación tenías cuando vivías en la carpa?

Tenía la sensación de que me iban a dar una o dos puñaladas en cualquier momento, sabum. Porque yo salía con la hija de la mujer de mi primo que es gitana, ¿me entiende? Y al jefe me parece que le gustaba. La piba tiene dos hijos de un gitano del que se separó. Pero no me decían nada.

Che, ¿de qué hablan los gitanos?

No sé, yo no le entendía nada porque hablan en calé, el idioma de ellos. Yo me quedaba afuera de la conversación, en la mesa. Y pasaban como tres días.

¿Dónde?

En la mesa, sabum. Que mujé trae un poco más de comida, que un poco más de vino, y así se pasan como tres días.

¿No me dijiste que hablan en calé?

Sí, a veces en calé, a veces en castellano. Depende.

Ché, y a la noche ¿cómo hacían?...vos me entendés.

Sí, sabum, hay como divisiones en la carpa ¿me entiende?

Y por qué te separaste de la gitana, Tonga.

No me separé, me fui sabum, me vine a Barcelona.

¿Por?

Tenía problemas con la madre.

...

Me miraba.

¿Cómo que te miraba, la mujer de tu primo, la madre de tu novia?

Si, cuando nos cruzábamos me miraba. Al final me cansé y le pregunté qué la pasaba, y me dijo: “hombre es que cada vez que pasas cerca de mí me dan los calores y es una cosa que no te imaginas”. Ahí me di cuenta de que tenía que abandonar la carpa porque si no eran los gitanos, el que me iban a degollar iba a ser mi primo, sabum.

¿Con qué Tonga?

Y...supongo que con algún Tramontina, sabum.

El Tonga enarcó la boca proyectando su mentón con la sonrisa cómplice. Yo pensé que era una historia concluida y, quizás, orlada por alguna exageración. Pero no, el Tonga tiende a minimizar la importancia de los hechos.

Cuando íbamos directo hacia sus días en Mallorca, que definió la duración de su matrimonio, le sonó el móvil.

Vente p´aquí, mi amó. Que te vengas ya que tengo la cama calentita pa´ darte caló. Siempre tengo la cama calentita pa´que estemos juntitos. Que no te tardes que me muero de ganas de estar contigo, mi amó.

El Tonga había cambiado su timbre y su modo de hablar. Era la gitanilla de sus amores con la que aún mantenía una relación pero no creí, en ese momento, que pasara de la telefónica.

El Tonga anda seguido por las Ramblas saludando a casi todos los que componen esa fauna de extranjeros y locales. Parece estar a sus anchas con su calidez, su simpatía, su brutalidad ilustrada, sus rasgos carcelarios.

Conoce bien lo que es “la merca” y su ambiente, pero más bien se dedica a la marihuana. Y no ha dejado el cigarrillo aunque la última vez que lo vi me haya dicho que estaba mucho más sano, que a lo sumo se fumaba uno que otro porrito de vez en cuando.

Si hay algo que lo define, aún a pesar de su vida donde, tal vez, abundaron las tragedias, es su salud. El Tonga es un tipo cabalmente sano. Está hecho de metal precioso y la corrupción, que frecuenta un par de veces por semana regularmente, le resbala como el

agua sobre la cera. Y quizás por eso se mantiene fuerte y reflexivo como un toro púber. Un minotauro alegre, con onda, diríamos.. Aunque no creo que tenga un gran recuerdo del toro embolado de aquella tarde aciaga de Castellón, cuando el sol y la fiesta prometían más juerga que escoriaciones múltiples.

Como de costumbre, su organismo se recuperó casi por completo y rápidamente, igual que cuando saliera campeón mundial de rotura de potencia en Birmingham. Recuerdo la ronda final con un par de yanquis y un eslavo que, probablemente, había sufrido un choque frontal en el pasado cercano.

Aquella vez el Tonga había variado su fisonomía: no era un cambio abrupto, pero se lo veía, cómo decirlo, más compacto, más cilíndrico, más pequeño, inclusive. Probablemente se estuviera transformando en un torpedo. Primero pasaron los yanquis y fallaron. Creo que ya tenían los pies levemente amoratados, y al enfrentarse a tamaña cantidad de tablas de ñandubay humedecido se los vio un poco ensimismados, y, también, vale decirlo, hasta desinteresados. Yo le temía al moscovita, del que supe descubrir su nacionalidad por los ojos gélidos, distantes. Habría unos siete centímetros entre uno y otro, producto, quizás, del choque frontal. Debo reconocer que el apellido puede haberme ayudado inconscientemente a identificar su procedencia. Se llamaba Molotov. Y se le notaba esa voluntad silenciosa y feroz que los hizo incendiar sus propias casas, sus cultivos, sus perros y en varios casos emblemáticos, a sus propias madres, para que los franceses amanerados no pudieran aprovecharse.

El moscovita se acercó a la máquina donde esperaban mansas las maderas: es difícil comprender semejante actitud, entender el porqué de que siempre actúen así: sosegadas y desentendidas cuando están en las vísperas de recibir semejante descarga y de su voladura inminente. Es algo desgarrador. Es como si no se dieran cuenta de que no van a sufrir en lo más mínimo.

El moscovita las observó con sus ojos lavados donde era imposible advertir más pasión que un resignado asco por todo. Se diría que no esperó, si no que obligó al árbitro a habilitarlo para ejecutar su golpe final. Aguardábamos el formidable mazazo mientras el Tonga estaba a un costado, con la cabeza ya metida en el cilindro del cuerpo que se había redondeado de

un modo sorprendente, dejando asomar las dos gemas brillantes y negras de sus ojos en el extremo superior, parecido a una luciérnaga de azabache. Era la quintaescencia de un cohete.

Cuando el árbitro dio la señal, el moscovita le aplicó un puntapié apenas perceptible, probablemente por la velocidad que debe haber superado largamente la del sonido o, en su defecto, porque la energía del mismo se habrá acercado al valor cero. En todo caso, el moscovita se retiró con el mismo talante con que llegó, ajeno, hastiado de semejante cretinada, como si la realidad que lo rodeaba ya le importara un bledo.

Era la oportunidad del Tonga y se acercó a la máquina con un extraño andar. Se diría que lo más parecido a esa manera de desplazarse fue la que instauró Nijinski en su Fauno, porque el Tonga no movía para nada los muslos. Los llevaba apretados uno contra otro y solamente movía las piernas desde la rodilla hacia abajo, como si tuviera ganas de ir de cuerpo.

Al lado de la máquina adelantó la quijada para apretar mejor los dientes. Pienso que no alcanzó a molérselos porque hace poco lo he visto comerse un buen trozo de vacío. Con otro movimiento, también perfectamente automatizado, liberó los muslos sin que hubiera que lamentar estropicio alguno.

La técnica con la que se definía el campeonato era la patada circular cuyo desarrollo es paralelo al piso, es decir horizontal, estando obligado el competidor a pegar con el metatarso, retrayendo los dedos para que no queden atrapados entre la masa del golpe y la de las rígidas maderas, lo que, como alguna vez se ha visto, conduciría a su desintegración.

El Tonga se posicionó y, enseguida, como con el moscovita, el árbitro, tratando de ser ecuánime, dio la orden. Se produjo ese silencio de tiempo detenido en que todas las intenciones parecen converger, pero a pesar de que, tengo la certeza, todo el estadio estaba deseoso de que el Tonga triturara las desapegadas tablas, su demora en soltar el pistón, puso en los espíritus el atroz gusano de la duda. El Tonga estaba reclutando toda su fuerza telúrica que venía del centro de la tierra. La concentraba en el cilindro macizo de su cuerpo que había desplegado la pierna derecha montándola como un apéndice listo para lanzar su descarga.

Finalmente salió disparada y se alcanzó a ver la estela que dibujó con el pie, lamentablemente un poco salido del cuerpo de la pierna, como si a último momento se le hubiera aflojado alguna coyuntura. Y algo de eso hubo, porque evidentemente, faltó que esa parte extrema de la pierna mantuviera el mismo tono compacto del resto y no se desbaratara, como sucedió, en una herramienta bastante más reblandecida.

El resultado fue que el pie, al hacer contacto con el cúmulo de tablas, se desdibujó en una figura amorfa, ameboidal se diría, y pareció empezar a derretirse sobre la superficie plana. Sin embargo se pudo percibir que, desde el centro de la masa achatada y redonda, emergía una lengua de filosa de humanidad, un estilete amoratado que se metía como una cuña desgajando las maderas.

La rotura aconteció en dos tiempos: el del impacto muelle y el del proceso posterior cuando la emisión tumefacta del pie fue sometiendo la intimidad de las tablas a una presión insoportable, hasta su posterior estallido en varios pedazos. Fue algo parecido a lo que sucede en las canteras de granito cuando se desgaja una masa a base de cuñas estratégicamente encastradas.

La duda generalizada de la validación de la rotura por parte del árbitro, dado el efecto de retardo en la ejecución, aumentó la natural zozobra del público que se contuvo hasta el gesto inexorable que la dio como aprobada.

Luego del destrozo, estalló el rugido en el estadio, y el Tonga, con cierta aristocracia que suele exhibir –hay quien dice que alguno de sus antepasados llegó de Uppsala y que era un vikingo trabajador- retomó la actitud de preparación que había adoptado antes de ejecutar el disparo, y empezó a temblar como si siguiera listo para más. Era un tremolar que expresaba el sedimento de poder que aún tenía de reserva después de la patada. Nadie se atrevió a acercársele, pensando que, tal vez, con semejante presión, el también estuviese a punto de que se le volara la tapa de los sesos.

Al fin dejó aflorar su festejo que no fue el grito que debería haber venido desde el bajo vientre, sino otro, más bien contenido y travieso, como si hubiera cumplido con el papel que tenía asignado, y nada más.

Sí pude notarle cierta vacilación en su caminar cuando comenzó a alejarse de su puesto junto a la máquina en medio de los festejos del público.

Su pie derecho parecía aplastarse sobre el piso, prensil como siempre, pero sin estructura interna. Al retirarlo para hacer el paso se desprendía acompasadamente, como sucede cuando arrancamos una placa de goma pegada al piso con cemento de contacto.

Cómo andas del pie Tonga, le pregunté ni bien pude acercarme.

Bien sabum aunque calculo que no me quedó un hueso sano. Creo que desde el tobillo para abajo debe estar todo derretido porque no siento absolutamente nada, sabum. Me lo miré para confirmar que estaba, porque pensé que podía haber quedado en la máquina.

El Tonga sonrió adelantando su quijada y manteniendo su mirar compinche.

En realidad, como ustedes ya estarán suponiendo, la rotura que hizo aquella vez el Tonga, no fue así, pero podría haberlo sido, tranquilamente. Creo que a él le va a gustar esta versión de su victoria en Birmingham, aunque la verdadera -si eso existe-, la que le dio la medalla de oro, fue una definición con el puño, en donde habían quedado seleccionados un buen hato de cavernícolas, dos yanquis, en verdad, y algún que otro eslavo, que fueron fallando hasta que llegó el turno del Tonga, en último término. Quería destrozarse las maderas que le habían puesto enfrente. Y lo hizo. Lo que más recuerdo fue el temblor. Después de haberlas hecho explotar se quedó tieso, en posición, vibrando como un volcán a punto de estallar. Y cuando parecía dar rienda suelta al magma primordial que venía conteniendo, apenas soltó ese grito, mezcla de modestia, de gusto por sí mismo, y de villanía aristócrata propia de un malandrín.

Rememorábamos esos sucesos bajo el sol tranquilo de la tarde sentados sobre la arena, pensando en la caña que ya teníamos ganas de tomar, cuando comenzó a referirme las vicisitudes del inclemente destino en sus primeros meses por Europa, cuando todavía tenía esperanzas de que su mujer le concediera la ciudadanía de la comunidad.

Lo del toro embolado había sido en Castellón, poco después de haberse separado de la gorda despiadada, mientras trabajaba de chofer de uno de los dueños de la Cerámica. El hombre era millonario, mugriento, y además de a los cerámicos, era aficionado al

aguardiente y, tal vez, a la mezcalina. Ya le habían retirado el carnet y por eso había contratado un chofer. El Tonga fue un buen chofer, el mejor posible hasta que todo terminó en la ignominia.

Tenía unos cuarenta y tantos, medía un metro cincuenta y exhibía una barriga redondeada y turgente que le tensaba la camisa abriendo los espacios entre los botones. El tipo era bastante ancho y, como usaba vaqueros, le quedaban largos y los arrastraba sobre el suelo destrozando las botamangas. Siempre los tenía manchados de orina porque con tanto chupar sufría alguna incontinencia.

El enano era un asco, me decía el Tonga en la tarde luminosa. Me hacía parar cada dos cuadras para tomarse un Terry y un carajillo, también con Terry. Íbamos a Madrid y el guacho me hacía manejar de noche, además me hacía dormir en un piso que usaba para esas oportunidades, pero sobre un sillón, hasta que le dije que me iba a un hostel porque era insostenible dormir con él, una asquerosidad. Entonces me dio permiso para pasar la noche en otro de sus pisos vacíos.

Hubiera conservado el curro, porque era bueno, pero yo no le seguía el tren, ni con el alcohol ni con la fiesta. Un día me dijo que tenía ciertas inclinaciones sexuales pero que estuviera tranquilo, que a mí me contrataba para el curro y nada más.

Era bastante sensible el enano, sabum. Chupaba y se ponía sensible, se largaba a llorar cuando hablaba de sus recuerdos, de su ex mujer. Porque se ve que había tenido una familia. Él me decía que la quería mucho a su mujer y que había perdido su familia. Que no lo podía entender.

¿Y vos que hacías Tonga?

No sé, sabum. Que nada hombre, que ya va a pasar. ¿Qué quiere que le diga? Y se calmaba un poco y me hacía parar para clavarse un Terry.

Pero era imposible seguir con él porque se iba de fiesta, se remamaba y lo choreaban, y después venía y me decía. Pero Gastón ¿qué has hecho con el sobre donde tenía el dinero? Pero Roque, yo no vi ningún sobre con dinero, le respondía yo.

Lo choreaban los flacos con los que salía. Se olvidaba, siempre perdía la pasta y después me preguntaba a mí. Me iba a terminar denunciando el enano. Así que renuncié. Alguna vez me pidió que volviera, pero no quise. Y me quedé en Castellón. Ahí fue lo del toro embolado.

Esa tarde de domingo estaba de franco y se había organizado la fiesta. Consiste en colocar sobre los cuernos del toro dos capuchones con un hierro del doce soldado en la punta, y alrededor tela embreada, creo, atada con alambres para que no se deshilache, y se le da fuego inmediatamente antes de soltar al animal en la plaza para que salga a correr y, en medio de su enajenación, topar cualquier cosa que, a su modesto criterio, le parezca sólida, inclusive algún cuerpo humano.

El Tonga observó con los ojos bien abiertos el proceder de la gente reunida y se excitó con los “oles” y los requiebros, con esa manera tan carnal de vivir la fiesta, y se enardeció.

El Tonga es fanático de Camarón y del cante gitano, pero no al punto de hacerse ultimar por haberse liado con la mujer de su primo, la madre de su novia, a la postre. Le encantan los toros, la queja flamenca, el arrebató de la música, la sangre coagulada. Alguna vez me contó que uno de los gitanos, bastante ilustrado, le había dicho que había sido fulminado, que estaba muerto antes de caer al suelo y que, entonces, había experimentado con toda lucidez su condición de muerto. Pero me aclaró que hablaba al pedo.

De alguna manera recóndita, el Tonga sabía que ésa era su tarde, que la sangre licuada se lo pedía, El toro se había separado de la multitud y había decidido retirarse al trote, seguramente para acumular la presión de la ira y dispararse hacia el imponderable. Podía verse el resentimiento que emanaba de sus ojos bajo la cornamenta en ignición. La gente comenzó a replegarse. Se meditaba sobre la posibilidad de un vergonzante desbande, y sobre la ominosa perspectiva anti-española de perder la honra.

La multitud oleaba, me dijo el Tonga, para mantenerse en movimiento.

El ibérico éxodo era inminente. Parecía esa suerte de danza contenida, esos instantes contritos, de profunda reflexión que preceden a una evasión en masa.

El toro sacudió la cabeza como para liberarse del fuego y las chispas y rascó el suelo con la pata delantera.

Entonces fue el Tonga quien avanzó calmo, con su paso prensil, en absoluto control, y se detuvo frente al toro. Remedó el ademán de la bestia con su imponente pie derecho, rascando el suelo él también. Al oleaje humanoide devino la inmovilidad.

El Tonga estaba vestido con unos pantaloncitos estrechos y cortos, blancos, de esos que llegan hasta la media pierna, como vestía Rafael Nadal en sus años mozos. Realzaban su abultado miembro, su exótica anatomía, especialmente altos y ajustados en las nalgas. Parecía haber consenso de que no eran espantosos.

Tenía una remera negra apretada al cuerpo. No creo que la ropa lo haya ayudado, pero su mentón echado hacia adelante, su pie emergiendo del pantalón, en contenida danza, en contrapunto con la pata del bóvido, y su mirada fija, impusieron, me dijo, un cierto éxtasis en varias manzanas a la redonda y en toda la ciudad también..

El toro me detectó, probablemente en blanco y negro, y se percató de que yo era el objetivo. Era, sin dudas, un bicho de buen coeficiente intelectual.

¿Y qué pasó Tonga?

Qué va a pasar sabum. Se me vino echando puta en medio de la plaza, medio resbalando en los adoquines, pero en línea perfectamente recta. Yo bailoteaba como en el gimnasio, pasando el peso de un pie a otro. Era como si fuese un arquero, ¿me entiende? Me preparaba para atajar un penal. Bah, para esquivarlo al toro, pero era muy parecido. Era como si la gente hubiera desaparecido mientras yo bailoteaba. Me echaba hacia un lado o hacia el otro, según. Cuando se me vino lo esperé hasta último momento y, justito antes de que me atropellara, le hice una finta. Levanté la cadera hacia la izquierda y dejé hasta último momento la pierna derecha estirada y el pie apoyado en el dedo gordo. Unos doce centímetros antes de que me atropellara lo retiré de un tirón y me arqueé para ahuecarle el cuerpo. Le hice como de marco, ¿me entiende?, en un costado, como un paréntesis.

Y al unísono estallaron los “oles” Y “ole hombre”. Me encantó, sabum.

“Ole majo” me decían. Hazte otra chaval.

Me encantó. Esta es la mía, esto es una pelotudez, los gallegos no entienden nada, pensé.

Y fue, entonces, que el salvaje se detuvo estupefacto y, con mucho esmero –los ojos torvos- volvió a centrar al Tonga en su mira telescópica.

El Tonga percibió algo en el mirar moruno del Toro, pero estaba seguro que lo hacía pasar de nuevo.

El pobre animal se disparó. Y el Tonga lo esperó contenido, rodeado por la gente, acechando el momento exacto para el esquite.

Y justo cuando me quiero correr hacia el costado un gallego subnormal me molestó con su cuerpo y me dejó justo en la línea del Toro, me dijo el Tonga.

Me embocó de frente sabum, no sabe lo que es eso. Aproximadamente lo mismo que un tren.

Y me llevó a los cabezazos como cien metros, yo iba en el suelo dándole patadas en la cabeza pero cuando me enganchara me tiraba varios metros para atrás.

¿Y qué pasó, Tonga?

Nada, que en una me enganchó con el cuerno por el pantalón y me levantó, cómo podría decirle...me eyectó hacia la inmensidad, sabum. Y se me dio vuelta el mundo.

¿Cómo que se te dio vueltas el mundo?

Si, sabum, lo vi todo al revés, vi la ciudad completa al revés. También vi el azul del cielo e inmediatamente todo negro, era el piso.

¿Todo eso viste, Tonga?

Sí, es la sensación de ver toda la vida de uno, desde que se nace hasta que se muere, sabum.

¿Y cómo caíste, Tonga?

De cabeza sabum, le di con el mate al empedrado.

Pero ¿cómo? ¿Y qué sentiste?

Un golpe de electricidad en todo el cuerpo.

¿Y después?

Después los gallegos me empezaron a gritar “corre, corre hombre”, mientras trataban de distraer al Toro. Yo salí en cueros, había perdido la remera, y me gritaban. “el fuego, el fuego, que te incendias”. Lo que pasó fue que me habían quedado esquiras de brea y yo iba prendido fuego en la cabeza y los hombros, pero no sentía nada. Me había desaparecido el pantalón blanco. Se incendió y desapareció al instante como un reguero de pólvora. Yo me sacaba los pedazos de brea con las manos. Me quedé con los huevos afuera, sabum. Me sacaba las brasas con las manos. Mire las quemaduras. Terminé en el hospital, mire las cicatrices. Ay mamita querida cuando me pusieron el pervinox y me arrancaban las incrustaciones de brea, yo me agarraba a la camilla con las dos manos temblando como una hoja.

¿Te quedó alguna secuela, Tonga?

Mire sabum, no me volví a medir pero calculo que perdí entre ocho y diez centímetros de altura.

Y así seguía la tarde de mar, caña, y algún tren a las espaldas. No mucho antes, unos o dos días, supongo, de la noche en las Ramblas. Esa noche habíamos arrancado riéndonos como siempre. Estábamos en el pub irlandés tomando unas cervezas.

Cada tanto el Tonga se retiraba a charlar con alguna de las chicas del boliche. No eran nada jóvenes y me parecía que eran del asunto, y que alguna mantendría “contactos” con el Tonga. Era extraño que no trajera ninguna a la barra donde estábamos. En todo caso, me importaba relativamente, aunque la presencia femenina, esa noche, no estaba de más. Ahora que lo pienso, si se hubieran acercado, probablemente yo no hubiese tenido que relatarle lo del viejo.

Era algo que estaba pendiente. Incluso cuando embromábamos. Yo sentía la molestia, era un tema del que teníamos que hablar en algún momento. Y aquél fue el momento. Me quedó de recuerdo el dedo gordo del pie derecho quebrado.

Por algo el Tonga tiene semejante tatuaje en el pecho con el rostro del viejo. Absolutamente realista, lo más parecido a una foto, con el gesto del momento. Se lo debe haber hecho aquí mismo, en Barcelona. No me acuerdo bien cuánto hace pero fue bastante después de llegar, quizás tres años. Porque él empezó como inmigrante por Palma de Mallorca, después de casarse con la gorda despiadada.

Tenían que encontrarse con un amigo mutuo. El Tonga llegaba con quinientos euros para alojarse y después conseguir trabajo y esperarla a la gorda despiadada.

Habían quedado en el punto de encuentro.

Después de aterrizar se dirigió al lugar convenido, que era circular y de techos muy altos, pero no veía a su amigo. Decidió llamarlo por teléfono, con monedas.

Hola Roberto, qué hacés, ¿todo bien?

Sí, Tonga ¿dónde estás?

En el punto de encuentro.

¿Cómo en el punto de encuentro? Yo también estoy, y no te veo.

El Tonga hizo un repaso con la mirada en busca de su amigo, pero estaba irremediablemente solo.

No te veo, yo tampoco.

¿Cómo es el lugar donde vos estás?

Es redondo, circular, con el techo alto.

No puede ser, el punto de encuentro del aeropuerto es un cuarto cuadrado, de techo normal.

Pero qué decís, si yo estoy viendo con mis propios ojos un cartel que dice punto de encuentro.

Se hizo un silencio, tal vez Roberto estaría reflexionando.

¿Qué pasa que no me decís nada, subnormal, por fin se expresó el Tonga.

¿Cómo se llama el aeropuerto donde estás?

Aeropuerto de Las Palmas, respondió el Tonga pronunciando el nombre lenta y claramente, como si fuera una obviedad.

¿Cómo?

Aeropuerto de Las Palmas, repitió el Tonga con una brizna de aprensión.

Nooooo. ¿Las Palmas?, ¿Las Palmas? Estás en La Gran Canaria.

¿Y qué pasa subnormal? Me dijiste que viniera aquí.

Nooo, Te dije en Palma de Mallorca, Palma de Mallorca.

Eh. ¿Cómo? ¿No es lo mismo? Pero seguro que queda cerca.

Estás en el África, Tonga.

¿Pero qué decís?, si no vi ni un puto negro, y hablan en castellano.

Es España, pero es el África.

Uy Dios mío, no parecía el África. ¿Y qué hago?

Venite aquí, preguntá.

Bueno, voy a ver cómo hago para ir para allá. Tomo el transfer. Después te llamo.

El Tonga salió a buscar la oficina de información. Había una muchachita joven y dispuesta.

Se acercó y le preguntó: Quisiera saber cuánto cuesta un ferri para ir a Palma de Mallorca.

¿Cómo?

Sí, necesito saber cuándo puedo tomar un ferri a Palma de Mallorca.

La muchacha tardaba en reaccionar y el Tonga no atinaba a otra cosa que a mirarla.

Señor no hay ferris, queda muy lejos, serían varios días de navegación.

Uyuyuy Dios mío. ¿Qué hago? ¿Voy hasta el puerto? ¿Hay cargueros?

No sé, no sé señor. Hay aviones, dentro de una hora sale uno, tiene tiempo.

¿Cuánto Vale?

Cuatrocientos setenta y tres euros.

No, no, imposible, es imposible. Deme algo más barato, más barato.

Hay uno que sale mañana a doscientos cincuenta.

No, no, imposible, más barato, más barato. Algo como de unos diez euros.

Podría venderle uno por veinte, de los que ya salieron.

El Tonga se dio tiempo para meditar la propuesta, pero finalmente la desestimó.

No señor, como ve eso no existe, la de mañana es una oferta especial, no hay vuelos más baratos.

Bueno, deme un pasaje.

Así empezó la historia del Tonga en España que dura hasta estos días en que se lo ve mucho más flaco y calmado, tal vez por tener entre las manos el objeto de su sueño de toda la vida: una chica dulce y, fundamentalmente, rubia y de ojos azules, como es su Ira. No estaba así en aquella tarde de playa porque todavía andaba a los saltos, sin papeles y en la grande Babylon, pero con la infinidad de recursos que siempre lo hacen caer parado, como los gatos, con la excepción, claro, del mal albur con el toro nefasto.

Lo de Las Palmas fue inmediato a su casamiento con la gorda despiadada, porque contaba con obtener la ciudadanía europea a través de ella, que tiene doble nacionalidad.

Era el final de la tarde rosarina cuando pasó por el instituto. Me pareció extraño verlo vestido así, con el traje de alquiler, cruzado, con su doble hilera de botones, su solapas anchas y al mando de un Ford Fairlane 500, verde, bastante bien mantenido, aunque con alguna picadura y, probablemente, con algún déficit menor en la documentación. Sin sacarse los anteojos que le daban un aire enigmático, algo así como el de un manager de lupanar, se bajó del bote y me dijo que recién venía del civil y que esa noche era la fiesta de casamiento en el tenedor libre de calle Pellegrini. Me presentó a la gorda despiadada y lo primero que pensé fue en el Vesubio, supongo que porque tenía un aire italiano.

Esa noche la gorda despiadada estaba vestida de blanco, al modo tradicional, y el Tonga seguía con su traje cruzado. El tenedor libre funcionaba normalmente y los del casamiento compartíamos una mesa larga en medio del gran salón por donde circulaban los clientes. No daba lugar para vals ni baile, fundamentalmente porque no había música y porque los dueños del restaurant no alcanzaban a comprender del todo, eran chinos, o malayos, quizás.

Pero así y todo brindamos un buen grupo de amigos mezclados al acaso con los familiares de los novios y algún que otro cliente. Tal vez esa noche vi por primera vez al padre del Tonga, que hoy exhibe su retrato por encima de su corazón y cuya historia me valió tanto reflexiones como el pie desmembrado por la patada que le di a la cortina metálica de aquel negocio del Raval.

Se diría que en la fiesta había algo que se veía coherente, armónico. Eran el Tonga y la gorda despiadada, sentados en medio, se habían convertido en los jefes de una “familia” de la camorra. Los chinos no sabían, ni ahí, detectar las diferencias entre los jefes de una familia de la camorra y otra de la mafia. A decir verdad, nosotros tampoco.

La cohorte que componíamos los familiares, amigos y algún allegado que no los conocía en absoluto, sentía que se preparaban para un reinado o, por lo menos, para una regencia en Burkina Faso. Y así comenzaron el peregrinar que los llevó por el camino de la ternura, el compañerismo, el sadismo y alguna amenaza de asesinato menor. Y, por fin, a la separación impredecible para la gran mayoría de los que no los conocen.

Seguíamos en la playa cuando sonó de nuevo el teléfono.

Hola gorda, amor ¿cómo andás?

El Tonga negociaba las firmas de su ex que les podrían servir para obtener la residencia legal en España. Su buena predisposición se plasmaba en su voz aflautada. Sin embargo se sentía algo en la atmósfera, un dejo a miasma malsana.

¿Pudiste hacer certificar las firmas?

Ah, qué bien, qué bien gordita. Hiciste certificar la firma de ese documento. ¿Y las otras dos?

¿Cómo?

¿Qué la plata que te di alcanza para una sola certificación? Pero mi amor, ¿cómo podés ser tan perra? ¿Me decís que cada una de las otras cuestan lo mismo que ya te pagué por la que hiciste?

¿Cada una? No seas tan subnormal. Estás endiablada perra. Si ya te pagué. Por favor gordita, me estás aniquilando, me querés secar como una babosa, me querés dejar sin un duro. Escuchame, gordita, mandame las firmas que ya te pagué. Hola. ¡Hola!

¿Qué pasó Tonga? ¿Está áspero el tema con la gorda?

Se complicó sabum, me quiere cobrar más, me quiere esquilmar para darme la residencia. Yo lo dejé todo, le di mi amor, sabum y la perra me quiere triturar...le diría que mucho no me ayuda.

Había transcurrido como dos años desde que el Tonga había llegado a Palma después de su escala en Las Palmas, donde fue expulsado del aeropuerto por la seguridad en el momento de cerrarlo, cuando pretendía quedarse a dormir. Yo me quedo solo adentro, les dijo, no hay problema. Les cuido el boliche, quédense tranquilos, duermo más bien poco.

Los agentes lo miraron con alguna curiosidad y, a pesar de apiadarse, tuvieron que cerrar y mandarlo a que se busque alguna pensión por esa noche de profunda angustia en la que el Tonga sólo atinó a dormir plácidamente.

Finalmente, en Palma de Mallorca, su amigo lo alojó un par de días y le presentó a un conocido que había chocado con su moto y no podía trabajar porque llevaba una férula y tenía que desplazarse con muletas. Él podría alquilarle una habitación por unos doscientos al mes.

Hola Paco, éste es Gastón, el Tonga para los amigos. Es el que anda necesitando alquilar el cuarto.

Hola Paco, ¿cómo estás?, dijo el Tonga, áspero y amigable.

Pues ya ves hombre. Aquí estoy, bastante inválido, ay, ay, ay. Y de curro, nada.

El tipo llevaba una densa barba negra, gafas y, sin ser gordo, tenía algunos kilos de más. De los brazos y el pecho salían largos y abundantes pelos negros. No era más alto que el Tonga y casi igual de robusto.

Lo que ocurre es que yo venía tranquilo en mi princesa, rum, rum, ruuumm, y de golpe paf, perdí el control y, ¡tin!, caí dormidito, ñi ñi. No sé cuánto estuve dormidito, ñi, ñi. Lo primero que escuché, toc, toc, toc, fueron los pasos de mi amigo, de mi único amigo en el mundo, que me ha dicho que necesitas un cuarto. Y aquí estoy hombre. Y resulta que, ta, ta, ta, tengo una habitación para ti, muy buena, ffshhh, ffshhh, ffshhh, se escucha el sonido del mar, muy buena hombre.

Buenísimo, y cuánto cuesta Paco.

Tú ven, te acomodas, pa, pa, pa, y después lo hablamos.

Paco le dijo al Tonga que le pagara algo y que se ocupara de comprar algunas cositas, pin, pin, pin, porque él no tenía un duro, uh, uh, uh, por culpa del accidente.

¿Te parece bien doscientos euros y alguna compra para la heladera y las alacenas?

Pues, ta, ta, ta, claro hombre. Esta tarde, sac, sac, te hago la lista de lo que necesitamos.

Ok, Paco.

El Tonga iba preparando el terreno para la gorda despiadada que llegaba en una semana. Enseguida se pondría a buscar trabajo. Esa tarde, después de acomodarse en la habitación que era razonablemente amplia y con vista al mar y al sol, aún más diáfanos que aquí en Barcelona, según me decía, fue hasta el living donde estaba Paco.

El tipo tenía la pierna herida estirada sobre la mesa, sabum, y miraba televisión.

Toma, hombre, ahí, tin, tan, tun, tienes la lista que te preparé.

Y me pongo a leer, sabum, ay Dios mío.

Dos botellas grandes de cerveza, dos packs de cerveza Krönenburg, dos de Budweiser, cinco chocolates Águila con setenta por ciento de cacao, una caja de patatas...., tres atados de Ducados negros, tres atados de Ducados rubios.

Traté de explicarle suavemente. Pero no Paco, cuando yo hable de la compra de provisiones me refería a mercadería básica como fideos, arroz, lentejas, polenta, trufas, alcaparras, caviar y elementos de primera necesidad. Si no ¿qué vamos a comer Paco?

Aunque parezca mentira, el tipo se quedó callado como reflexionando y terminó asintiendo. Bueno está bien Tonga, pero, por favor, tráeme un pack de cervecita, plic, plic, plic, porque las abro y así paso mejor las pastillitas y el dolor me deja, bue, bue, bue, más tranquilo. Cuando bajas dale mi cariño a la princesa, y dile que la extraño mucho. Háblale, ñi, ñi, ñi, que ella lo necesita. Cuando estés abajo sácala de la cochera así la veo, dile que Paco extraña a su princesita. Dile que papi la quiere mucho y que ni bien pueda, la va a llevar a dar una vueltecita.

Y yo tenía que sacar la moto del garaje y decirle cosas mientras él la miraba con una sonrisa desde el piso siete, sabum, ¿me entiende?

Pero... ¿vos le hablabas Tonga?

Yo movía la boca y hacía como que le decía cositas a la moto para que Paco se quedara contento. Al principio era muy respetuoso y las cosas iban bien, pero cuando llego la gorda, el tipo empezó a andar peor y lo único que hacía era mirar televisión, chupar cerveza y fumar como una chimenea. Se ve que la presencia femenina lo alborotaba un poco. Había

mucho olor a cigarrillo en el piso, el tipo era un mugriento, y la gorda empezó a ponerse como una alimaña, sabum.

Gorda tené paciencia, le decía yo. A dónde vamos a ir. Pero se empezó a hartar de la mugre del tipo y ni le digo cuando me vio por primera vez sacar la moto y mover la boca para hacer que le decía cositas cuando el tipo se asomaba a la ventana.

¡Pero Gastón! ¿Qué hacés?

Nada, nada, gorda, vos dejame.

La cosa iba de mal en peor, sabum, pero yo le decía a la gorda que tuviera paciencia, que no teníamos otro lugar donde parar hasta que juntáramos un poco de plata. Le había conseguido un curro en el restaurant. Yo era el jefe de cocina y ella estaba como lavaplatos. Mucho no le gustaba pero se las venía aguantando. Notaba que la gorda incrementaba en nivel de presión día a día. Pensé en colocarle un manómetro por si acaso. Le ponía onda pero empecé a temer por mi integridad física, por mis virtudes, sabum, la gorda, cuando se recalienta, es una serpiente cascabel. Y así seguimos hasta que, al final, una mañana se levantó más temprano que yo y quiso ir al baño.

Yo me quedé en la cama haciendo fiaca y de golpe escucho el alarido brutal de la gorda. Me puso los pelos de punta, pensé que la gorda se había electrocutado o, en su defecto, que el tipo había fallecido.

Y no, no estaba muerto, pero era lo mismo. El “mugre” estaba tirado en el sillón, inconsciente. Se ve que se había chupado y fumado todo. Y lo peor era que estaba con los pantalones bajos. Vaya a saber qué había estado haciendo, y tenía los huevos afuera, como yo cuando se me quemó el pantaloncito blanco el día que me cogió el toro embolado, sabum.

Ahí me di cuenta que no daba para más y agarramos nuestras cosas y nos fuimos del departamento.

Como es de imaginarse el matrimonio del Tonga y la gorda despiadada “duró lo que duran dos peces de hielo...” Aunque todavía hoy la recuerda con una mezcla de melancolía y desconcierto.

La perra quería que le pagara cada firmita, sabum, y así no iba ni para atrás ni para adelante. Hasta que María accedió a casarse conmigo y me permitieron la residencia, me decía el Tonga ayer, ya pasado tanto tiempo desde esa tarde en la playa con que empecé este relato. Lejos, también, de lo que hablamos, dos o tres días después, en el pub irlandés, pegado a las ramblas, cuando todavía nos gustaba salir de copas.

¿Quién es María, Tonga?

María, la gitana, sabum.

Pero ¿cómo? ¿No te habías ido?

Sí, pero después la llamé y le pedí que viniese conmigo, que yo la aguantaba y que necesitaba los papeles. Y lo hizo, estuvimos juntos un tiempo pero se rayó y se fue, seguramente había enganchado algo. Pero para mí fue mejor, sabum, ya me daba asco.

¿Cómo asco?

Sí tenía un olor impresionante sabum, ya no se lavaba, no se imagina el olor a pata que tenía, y de todo. Una inmundicia.

Gracias a eso el Tonga tiene sus papeles más o menos en regla y, con eso, zafa en lo registros de la policía, que, por suerte, lo molesta bastante menos que en los tiempos de cuando era seguridad del sauna y salía dado vuelta a las siete de la mañana. Ira es su pareja actual, pero él figura como pareja de María, lo que le permite la residencia legal en España. Ira es de Estonia y, por lo tanto, pertenece a la comunidad, pero, por ahora, en el documento del Tonga, figura María.

Pienso que ya es hora de volver a lo de su viejo. Lo he ido posponiendo como lo posponíamos nosotros dos. Pero, insisto, creo que llegó el momento de registrarlo en este relato.

Es seguro que el Tonga estaba inquieto cuando hablábamos en el pub, aquella noche que nos debíamos, después de aquello.

Habíamos tomado unas cuantas cervezas y fue él el que se animó.

Cuénteme lo de mi viejo, sabum. Dígame cómo fue.

Había dulzura en su voz cascada y baja, casi un hilo de súplica. Y una entrega imposible de rehusar. Ahora me sorprende de cuánto tardó en preguntármelo, de su respeto y su contención.

El viejo, según él -yo lo conocí apenas cuando le llevé unas botas para arreglar a su zapatería, pero no puedo olvidarme de su sonrisa franca- era un personaje. Lo que más le gustaba era ir con los amigos a pescar al río, y el Taekwondo. Se las piraba el viernes con los amigos al río y aparecía el lunes para laburar. Siempre fue un laburante, sabum, me decía el Tonga.

Pero el taekwondo era un amor silencioso y definitivo en el viejo. Todos lo supimos después, claro, pero no me puedo olvidar de su alegría, cuando le regalé el buzo que me habían asignado como director del seleccionado. Ese buzo significaba, para él, lo mismo que un obsequio largamente esperado para un chico. Y así sonreía, en silencio, con los ojos iluminados, sin palabras, al tomar la campera y los pantalones de mi mano. No me cobró nada cuando pasé a retirar las botas, y me las dejó impecables, igual que un bolso de cuero que también le había llevado. Siempre creo ver algo infantil en la gente de los amores sencillos y cabales. Algo como la falta de duda respecto de sus deseos, propio de los chicos. Eso me pareció el viejo del Tonga: un chico grande, travieso hasta el exceso y completamente seguro de lo que quería.

Practicó siempre hasta que en un chequeo le encontraron algo en el corazón. Y era bastante grave porque poco tiempo después sufrió un infarto. Según el Tonga él no hacía caso de los médicos, y quizás tuviese razón. .

Debió dejar de practicar, pero cuando se sintió bien volvió al gimnasio. Su profesor, el flaco Bianchi, del que me es imposible no referirme a su rostro –que fue labrado, probablemente, con un hacha de piedra- es, sin duda, un tipo responsable. También es alto

y áspero como una araucaria. Poéticamente contemplado se diría que su talante oscila entre la disposición, la formalidad, la profunda amargura y un hondo desprecio por sí mismo. Y por los demás también. Fue él quien después de pedirle los certificados correspondientes le permitió volver a practicar. Y así empezó de nuevo. Y siguió hasta la tarde de aquel torneo.

Cuando llegué, alguien me dijo que el hombre iba a participar del campeonato. Eso me contrarió, porque me parecía un riesgo. Pero por ahí andaba la hija que también era practicante. Recuerdo que al flaco se lo notaba muy preocupado y me acerqué a conversar con él.

Mirá, no quiero que participe, pero me trajo un permiso médico especial para poder competir, y su hija que es cinturón negro y también es alumna mía, está de acuerdo. No me parece bien que compita, pero no tengo elementos para prohibírselo.

Recuerdo haber levantado la vista por sobre el hombro del flaco y haberme encontrado con la mirada del hombre. Había ruego. Sí, era eso: sus ojos, diáfananamente, me rogaban que no lo excluyera del torneo. Expresaban lo mismo que los de un chico que quiere algo y espera a que su padre, que tiene el poder absoluto, acceda.

Inmediatamente rehuí su mirada, sintiendo que no era cuestión de capricho, y que la situación podía llegar a ser grave. El flaco, que gozará siempre del prestigio de ser un tipo juicioso, había llegado a la conclusión de que no tenía por qué prohibirle que participara. Llamamos a la hija, y le preguntamos qué opinaba. Dijo que estaba de acuerdo, pero creo haber percibido un atisbo de duda en su respuesta lacónica. Tal vez ese hombre se lo había pedido y ella no tuviera lugar para rehusarse.

No sé si fueron las razones del flaco, la anuencia de la hija, o la mirada del hombre lo que me llevó a darle el permiso para participar, pero me inclino por lo último. Nunca sabremos si estuvo bien o mal. En todo caso, si el universo funciona como debiera, no habría por qué atormentarse.

El flaco, me lo recordaba una semana después del torneo: vos ibas de un lado al otro, con la sensación de que algo te amenazaba, y no le podías encontrar la vuelta. Llegaste a adular la llave donde el hombre estaba inscripto. Era de cuatro competidores y la transformaste en

dos llaves de dos, para que él tuviera que afrontar un solo combate. Más todavía, se la llevaste al área donde estaban los mejores jueces, advirtiéndoles de la situación para que no permitieran más que un contacto suave, y que, eventualmente, redujeran el tiempo de combate... yo sabía que me estaba haciendo el relato de lo que yo le había dicho antes como para repasar y, hasta donde puedo inquirir, fue así.

Eso mismo le dije Tonga en aquel pub de las Ramblas.

Me acuerdo de su atención y de su silencio. No sé si ya tendría el tatuaje hecho con el rostro del viejo. No lo vi llorar nunca, pero estoy seguro de que es bien capaz de eso, no sé por qué.

Al final, retomando, al viejo le permitimos competir. Y lo hizo. Fue un combate completamente anodino, en donde pasó muy poco, apenas unos escarceos sin la soltura de los competidores jóvenes, entre dos señores de edad, trabajados por las rigideces contra las que lucharían practicando. Casi no hubo contacto y la verdad es que no recuerdo el resultado. Tal vez haya perdido el padre del Tonga, pero no lo sé. Bien pudo haber ganado. No creo que tenga mayor importancia. Aunque...quién puede saber algo de las operaciones mentales de la gente cuando pasa por esos apremios.

Recuerdo haberlo visto sentado en el suelo, y de encontrarme de nuevo con su mirada. No era la misma de hacía una o dos horas. Algo había cambiado. Ahora sus ojos parecían huérfanos, ya no suplicantes, más bien azorados, como si no comprendieran bien qué estaba pasando y pidieran, en silencio, una explicación.

Tal vez se haya atrevido a decirle que se sentía mal al hombre que estaba sentado con él, tal vez se haya desplomado.

Enseguida lo estaban atendiendo los médicos y vi que las maniobras eran de resucitación. Nos miramos con el flaco, mudos, empezando a comprender, resistiéndonos a creerlo.

El campeonato continuaba pero era claro que seguía por una inercia voluntaria, como queriendo negar lo que estaba pasando a un costado, debajo del trabajo de los médicos y paramédicos. En el ambiente se respiraba la angustia general.

Por fin se lo llevaron hasta la ambulancia diciéndonos que estaba estabilizado y que iban hacia el sanatorio.

El desahogo general cundió en un aplauso, que, más que alegría, irradiaba esperanza. No recuerdo bien cuánto tiempo más se siguió compitiendo, pero lo único que deseábamos era terminar. O, tal vez, quedarnos en el engaño de la acción, para no reflexionar, para olvidarnos.

Todo eso le relataba al Tonga en el Pub irlandés. Y como si fuera un acuerdo tácito, seguí afuera mientras nos pusimos a caminar, cruzando las Ramblas y metiéndonos en el Raval que a esa hora estaba vacío y mustio. Ni siquiera recuerdo haber cruzado a alguna chica de la noche. Creo que era cerca de la Boquería.

Había terminado el torneo y yo estaba hablando de alguna cosa con un competidor de Río Cuarto cuando sonó el teléfono. No sé quién habrá sido, Tonga, pero me dijo enseguida que tu viejo estaba muerto.

Yo sabía que iba a pasar. Yo lo sabía, Tonga. Y sin embargo no puede hacer nada. Hasta tu hermana estaba de acuerdo, le grité en ese momento. Entonces la bronca me llevó a patear de punta la cortina metálica que tenía al lado. Por suerte no sonó ninguna alarma ni había policías cerca, porque el ruido fue fuerte, tanto como el dolor en el metatarso.

El Tonga me vio hacerlo sin decir nada. Apenas, y después de un buen rato, fue él el que me preguntó. ¿Está bien, sabum?

No estábamos bien ninguno de los dos, pero había sido una noche y un relato necesarios.

Lo cierto es que cuando lo observaba en el asado de ayer me pareció verlo más parecido que nunca a su padre. Es lógico, el Tonga se acerca a los cuarenta y al aspecto que se va a quedar con él por más tiempo, el de los años maduros. Porque es allí cuando empezamos a compartir los rasgos, el talante de nuestros progenitores del mismo sexo, cuando después del mediodía, la vida comienza a virar y emprende su largo –creo- atardecer.

A su padre no lo vi nunca reírse con la disposición llena del Tonga, con esa picardía, con esa astuta sagacidad. Tal vez lo haría, no lo sé. Pero así se reía el Tonga en el asado de ayer.

Y tiene motivos desde que comenzó la zaga de final incierto que viene viviendo desde que empezó como “segurata” en el sauna.

Fue cuando más lo molestaba la policía, seguramente inducida por los horarios, pero más por la vestimenta de guardaespaldas que le agrada particularmente, como cualquier otra.

Allí la vio. En realidad la veía cuando entraba o salía del sauna, porque él se quedaba cuidando la puerta e ingresaba esporádicamente. No creo que se haya dado cuenta enseguida de lo mucho que le gustaba. Es difícil tener consciencia de eso cuando se está en el ambiente donde los masajes, el sexo, y la compañía se venden en combinación con el alcohol y la droga.

Había de todos los gustos, y no sabe los gustos que tienen algunos. Allí trabajaba lo que se pueda imaginar, gordas lechones hasta viejas decrepitas, no se puede creer, me dijo alguna vez el Tonga.

Y las chicas ganan como cinco mil por mes, entre el trabajo, los regalitos y el uso de las tarjetas de créditos de los clientes que cogieron confianza. Hacen tarjetas mellizas y los limpian completos, les sacan todo lo que tienen en la cuenta. Viven en la mentira, sabum, y terminan quemadas. Andan con pilchas caras, con bolsos Vuitton que valen setecientos euros. Viven en la mentira.

Y entonces empecé a salir con Ira. A mí no me cobraba nada, y yo me sentía Gardel. Nos veíamos dos o tres veces por semana, ¿me entiende? Y al final nos dimos cuenta de que nos gustaba pasar el tiempo juntos, además de follar, sabum.

¿Iba todo bien, Tonga?

Sí, iba todo bien. El problema fue cuando me tocó trabajar adentro, de barman. Vio que yo tengo conocimiento de cocina y de tragos, así que cuando echaron al anterior me mandaron a la barra. Ahí lo pasé remal sabum.

¿Por?... ¿qué pasó Tonga?

Y... porque la tenía que ver laburando con los tipos y me ponía como loco. Salía medio hecho mierda del sauna. Me remolestaba verla trabajando en vivo y en directo.

¿Y qué hiciste Tonga?

Al principio nada, me las aguanté. Pero después no pude más y le dije que si nos poníamos de novios y yo no podía salir con otra, ella también tenía que hacer lo suyo y dejar el curro.

¿Y valió la pena Tonga?

Ira es rubia, de ojos azul claro, tiene algunas pecas. Delgada, sin ser muy alta, luce esbelta. Tiene cara y gesto de nena, como si lo que conoce todavía no la hubiera infectado irreversiblemente.

Vino de Estonia con dieciocho, a trabajar con la hermana que fue comprada antes, y no conocía otra cosa hasta que apareció el Tonga.

La mujer de mis sueños, mírela sabum, rubia paya, blanquita y de ojos azules, hermosa, me decía el Tonga en un pub de la Barceloneta entre beso y beso. A mí me daba la impresión de que Ira no entendía nada. Ahora pienso un poco diferente.

Tal vez sea una obviedad aclarar que muchos de nuestros encuentros son en cafeterías, restaurantes o pubs, pero necesito decirlo. Es lo que decidí cuando me pareció encontrar el modo de contar esta historia mientras corría cerca de los olivares, aspirando el aroma fuerte a hierbas y arbustos que la primavera echa al aire en la tierra dura de España, aún la catalana, que también exhibe sus rigores.

Y si me pongo a pensar en el Tonga, me es casi imposible no recordar su rostro de maorí, duro y cálido a la vez, munido de la sonrisa socarrona, que enternecen sus ojos pillos.

Lo concreto es que, ayer, Ira se acercó con una lata de cerveza y me dijo que los argentinos éramos muy simpáticos y muy caballeros, que ella sabía desde niña que iba a estar con uno porque había un teleteatro donde un personaje secundario era argentino, y le encantaba.

Yo lo interpreté como un permiso para hablar de ella en esta crónica. Porque ya habíamos conversado del asunto y vi su tristeza y su desamparo cuando se dio cuenta de que yo sabía su historia.

Hacía dos días que los había visitado. Yo me había puesto a mirar las fotos familiares del departamento de Glories, y ella me señaló a cada uno de los suyos, en especial a su sobrinita, a la madre y a su hermana menor que parecía una muchacha añorada, con el gesto y la ropa de hace cincuenta años. No sé bien por qué se la veía diferente al resto de las mujeres que componían la familia de Ira.

Los visité para ver hasta dónde contaba la historia de ambos. Ira se había ido a la cocina a preparar una picada y cuando ella volvió, el Tonga le dijo que yo debía contar todo, que no había problema alguno, que ellos no habían hecho ningún mal, que la de ellos era una buena historia y que no había nada de lo que arrepentirse, al contrario.

Solamente me pidió que no fuera explícito en lo que le hacía el tío en Estonia con ella, pero que no me callara. Hasta aquí llego, entonces.

Lo que leen se ha ido escribiendo a medida que estos últimos hechos fueron ocurriendo, y me gusta así, con el realismo de sus hipérboles, si cabe. Hablamos del Tonga.

Es claro que es una historia en progreso y que, por lo tanto, no tiene final. No sé si algún día la continuaré. De cualquier manera creo que es hora de suspender aquí.

Por último y volviendo a ayer, cuando Ira, en el asado, me trajo la cerveza con verdadera simpatía, yo lo interpreté como una venia. Me dijo lo del teleteatro y que planeaban ir a la Argentina, pero más adelante, porque a fin de año, viajarían a Estonia para ver a los familiares de ella.

Se armó la mesa al modo nuestro donde la efusión nos hace hablar a los gritos. El Tonga se sentó enfrente de mí y en algún momento, quizás fruto del vino, surgió, de nuevo, lo de su padre.

Discurrimos un poco alrededor de ese asunto, de la fatalidad, y de mi dedo quebrado. De la impotencia, de la angustia.

Entonces el Tonga clausuró el tema.

No se preocupe sabum, mi viejo vivió y murió como quería. No hubiera soportado quedar inválido, no estaba en su naturaleza, bajo ningún aspecto. Mejor que se haya ido haciendo lo que más amaba. Mi viejo siempre hizo lo que quería. Vivió y murió como se le cantaba el orto.

Y ahora viaja conmigo.

No se preocupe sabum.

Después pasamos a algún otro tema.